

# SENDEROS IMPREVISTOS DE LA PUBLICACIÓN DE UN PUBLICACIÓN SOBRE SALUD MENTAL

Por ADRIÁN FERRERO

A partir de la irrupción de mi patología mental crónica no deteriorante y que ha tenido un tratamiento exitoso por primera vez en 1992, teniendo yo 22 años, tres años más tarde, ya en 1995 me había lanzado a publicar en el diario más importante de mi ciudad, un artículo sobre esa experiencia. Aconteció luego un largo silencio de muchos años. Pero diría yo que se trató de un silencio activo. Porque yo venía procesando esa experiencia, alimentándome de bibliografía, de una reflexión en profundidad acerca de la enfermedad, dialogando teóricamente con los profesionales que me atendían en torno de algunos núcleos, prosiguiendo con una vida productiva. De modo que luego de un estado de latencia evidentemente sometida a un proceso, yo inicié todo a lo largo del año 2021 una serie de publicaciones en medios de prensa digitales que de inmediato se potenciaban por las redes sociales y por la circulación vía email entre personas interesadas en el tema a partir de sus contenidos.

Ese año se publicaron por lo menos 7 artículos y notas en revistas digitales, una de ellas en este Semanario, que con mucha valentía su editora aceptó editar sin vacilaciones. Digo esto porque se trataba de un artículo en primera persona. Y el resto de las notas aparecieron en una Revista de NY, *ViceVersa Magazine*, el cual también con mucha valentía lo había hecho previamente. Como puede apreciarse, desde aquel remoto 1995 (un antecedente importante, sin embargo, una protorevelación de mi problema de salud mental) y este presente histórico de 2021, yo era otro. Me había casado, había tenido una hija ahora tiene 20 años que estudia tan luego la Lic. en Psicología en la Universidad Nacional de La Plata, donde yo me había diplomado en Letras en 1998, Licenciado en esa misma disciplina en 2005 y doctorado en también en Letras en 2014 con una tesis con especialización en literatura argentina contemporánea. Pero, en particular, había realizado una serie de lecturas que habían resultado claves para la comprensión de dos cosas: por un lado, de en qué consistía la enfermedad (no en términos psiquiátricos científicos sino su lugar en mi vida en tanto que sujeto en el orden de lo social). Ello había sido sustancial para ubicarme en lo que había tenido lugar antes, en ese momento y, reflexioné en 2021 evidentemente, en tal momento. En segundo lugar, mediante toda una serie de elementos que pasaré a detallar, había comenzado a pensar la enfermedad como una representación social sobre la que se podía hablar pero en verdad se callaba. Sobre ella cundía el silencio. Precisamente por ese mismo motivo, consideré que era imperioso romperlo. Romper ese silencio. Por fin escribir. Escribir, en primer lugar, acerca de la enfermedad mental. Escribir yo, acerca de la mía. La enfermedad mental (no solo la mía, si bien esa era el punto en el presente caso) que yo estaba capacitado para interpretar desde mis saberes que no eran únicamente los literarios, la crítica y la teoría literarias o los estudios en Letras también podía abordarla desde las ciencias sociales, la crítica cultural, los estudios sobre el discurso y los estudios de género (había zonas, créase o no, en que ambas se tocaban). Todos campos en los que había profundizado mucho por distintos motivos. Es cierto, tales recursos afinaban indudablemente la capacidad de escribir (yo era, además de Dr. en Letras, escritor profesional y

colaboraba con medios de prensa desde 1995 con continuidad y a partir de 2018 lo había comenzado a hacer de manera diría con mucha frecuencia, además de hacerlo en distintos foros). Ello garantizaba precisión en la identificación de problemáticas, entrenamiento en la interpretación, entrenamiento en la argumentación, abierta costumbre a expresarme libremente. Y, entre otras cosas, conocimiento de mi disciplina y actualización en torno de los conocimientos de los cuales iba a servirme.

Había leído a psicoanalistas (en particular a una de ellas, la Dra. en Psicoanálisis Silvia Bleichmar, pero también a Freud, Lacan y Erich Fromm, entre otros), había leído libros de literatura sobre la enfermedad mental, había escrito y publicado dos cuentos sobre la enfermedad mental, uno temprano, inédito, y otro por concurso en una antología, en 2010. Había leído los tres libros de ensayos de una escritora norteamericana y Dra. en Literatura inglesa por Columbia University (NY), sobre todo novelista. En uno de ellos en particular, Siri Husvedt (tal su nombre), aquejada por un problema neurológico que consistía, entre otros síntomas, fundamentalmente en que cuando se veía frente a situaciones de mucha exposición social como conferencias, presentaciones de libros o congresos, comenzaba a moverse y temblar descontroladamente. Hasta que el síntoma cesaba. Había padecido ese mismo cuadro una sola vez en una situación fuera de estos contextos relativos a la cultura literaria, que no era estrictamente de exposición frente a un auditorio. Su voz permanecía inalterable, su capacidad intelectual otro tanto. Simplemente ella refería la manifestación de este síntoma. En virtud de la lectura de su libro *La mujer temblorosa o la historia de mis nervios* (2010), que era en el que se refería esta experiencia, sumado a mis lecturas en torno del psicoanálisis y mis conversas con psicoanalistas diestros conocedores de teoría, fue que inicié un lento proceso de pensar la iniciativa de narrar la experiencia de mi enfermedad en primera persona.

En su libro Siri Hustvedt procedía a varias cosas. Una exposición de la historia de la irrupción de los síntomas, su internación en la Sala de Neurología del Hospital Mount Sinaí (uno de los más prestigiosos de NY, experiencia que ella evocaba como pesadillesca). Y todo un proceso de largas consultas con psiquiatras, neurólogos y psicoanalistas (sin dar demasiados detalles). Luego había tomado la decisión de realizar un abordaje de su patología integrando equipos científicos de estudios, lecturas de libros de investigación hasta alcanzar una formación en el tema de las neurociencias lo suficientemente satisfactorio como para escribir su libro desde una perspectiva multidisciplinaria. No obstante, mi interés no era exactamente el mismo. Si bien sí teníamos en común el afrontar públicamente una enfermedad (en su caso neurológica, en el mío una patología mental con un tratamiento exitoso), yo no estaba interesado en indagar en las neurociencias, en el discurso científico sino en otra clase de investigaciones. Concretamente, en mi carácter de paciente, estaba interesado en sacar provecho de lo que había vivido y visto en sucesivas instancia de tratamiento. Eso por un lado. Por el otro, me interesaba sumamente la relación entre salud mental y contextos mediáticos y salud mental y estigma social. Fue por ese motivo que me puse a leer estudios sobre el tema o bien a escribir artículos abiertamente sobre este tema en contextos mediáticos con inquietudes por dar a conocer esta clase de testimonios pero que daba un paso más allá y procedía a la investigación social. Me interesaba la enfermedad como construcción social y los discursos sociales que circulaban en torno de ellas. La condicionaba y la cristalizaban en estereotipos.

Hubo dos cosas que funcionaron como detonantes claves para que yo me lanzara a la aventura temeraria de escribir sobre mi patología mental. En primer lugar, este libro de Siri Hustvedt, que afrontaba la enfermedad de modo valiente. Autodesignando una experiencia por lo general heterodisignada por la ciencia médica. Una escritora, no una científica, narraba una patología. En su caso neurológica, en la mía psiquiátrica, como dije. Este fue un punto de partida que significó un hito en la cadena de sucesos que desembocaron en mis propios procesos y textos. Y si bien yo había leído el libro mucho antes, en una relectura durante el año 2021, una parte de la decisión me di cuenta de que ya estaba tomada. En segundo lugar, en un diálogo con mi Médica Psiquiatra, ella me había manifestado que había estudiado mucho el tema estigmatización del enfermo mental (discriminación que yo había sentido, experimentado o padecido en varias oportunidades tanto en mi entorno como por parte de algunas instituciones de educación superior en las que me había formado y ejercido la docencia y la investigación con su correspondiente carrera académica, así como las Unidades de Sanidad Médica consagradas a la evaluación del personal de su área de competencia: la laboral). Yo no me sentía descalificado por todo el mundo, claro está. Pero sí por parte de algunas personas que tendían a hacerlo por prejuicio pese a haber tenido un promedio muy alto en el Colegio Secundario, dependiente de la Universidad Nacional de La Plata (donde yo me había doctorado) y en la Universidad (donde había hecho un Profesorado, una Licenciatura y un Doctorado todos ellos en Letras. Con tesis sobre literatura argentina contemporánea. Pocas personas había doctoradas, por cierto, en esa Facultad de mi Universidad. También en mi doctorado había obtenido una buena calificación. De haber sido investigador. Haber obtenido becas y un Subsidio de para Jóvenes investigadores, todos ellos por concurso, como otros antecedentes. Y de haber publicado libros y haber ganados premios literarios. Podríamos decir que había habido un cierto recorrido por mi disciplina que me confería una autoridad. No pretendo con este listado pasar por presuntuoso sino hacerle justicia a méritos que a mí me habían costado mucho esfuerzo realizar y finalizar, me habían insumido mucho tiempo y trabajo, por un lado. Y por el otro que requerían naturalmente una capacidad intelectual para el cual una enfermedad mental según el instalado prejuicio hubiera actuado como un impedimento.

Mi Médica Psiquiatra me había dicho que el país que estaba a la avanzada en la lucha contra la estigmatización social de enfermedades psiquiátricas era Canadá. Y que luego de haber intentado por todos los medios revertirla (campañas informativas, campañas de concientización, trabajo en instituciones educativas), no lo habían logrado. Habían llegado a la conclusión, en vista de los resultados, de que la estrategia más eficaz era el testimonio de los pacientes. Con estos dos elementos en mente: un libro releído en el que una escritora norteamericana había afrontado públicamente su patología neurológica, por un lado, acometiendo un libro y convirtiendo su patología en un proyecto productivo como una investigación primero, un libro después, y el hecho de la relevancia de dar un testimonio de la enfermedad que padecía porque estaba seguro sería de utilidad para otros (o que la padecían, o que tenían familiares que los acompañaban o bien para poner al descubierto la hipocresía, el disimulo, la discriminación, la falta de lealtad hacia los enfermos por parte de algunas personas que los abandonaban y que se decían sus amigos o bien lo hacían sus propios parientes) yo tomé la decisión y, diría más, asumí la responsabilidad que

se tradujo en la decisión de frontalmente escribir un texto en el que narrara por completo desde aquel remoto 1992 la escena de irrupción de la enfermedad (en la misma Universidad Nacional de La Plata, en una clase de la materia Teoría Literaria I de la carrera de Letras), sus hitos fundamentales, sus secuelas, las 5 distintas internaciones (dos veces, tres un poco más extensas, una ellas domiciliaria), las repercusiones en mi familia, en mí mismo, en mi entorno, las personas que habían permanecido fieles, al igual que las instituciones, de las que se habían sido desleales y la relación entre salud mental y universo del trabajo. Mi experiencia con la Unidad de Sanidad de la Universidad Nacional de La Plata a la que había debido asistir por mi problema de salud no había sido cordial ni amable. No era mi intención culpabilizar con nombres y apellidos a nadie. Los médicos psiquiatras ni siquiera se presentaban por su nombre y apellido. Simplemente sí trazar el mapa de la soledad del enfermo psiquiátrico, acompañado en mi caso solamente por mi familia y los profesionales que me atendían y, por otra parte, su reinserción social. Esta integración social por inclusión en el seno de la sociedad no se conquista de un día para el otro. Requiere de un proceso.

Cuando tomé la decisión de escribir el texto testimonial de toda una serie que le proseguiría, me propuse que ese texto estuviera narrado modo franco, sincero y honesto. También con palabras bien escritas. No obstante, esta no era tarea sencilla. Suponía varias premisas o condiciones. En primer lugar, exponerme a la opinión pública descarnadamente. A una exposición que yo estuve dispuesto a asumir porque no solamente el artículo que salió publicado fue editado en un medio de prensa masiva digital de NY sino distribuido por mí en redes sociales y Grupos de Facebook.

Fue así que escribí y publiqué “Locura y desapego: *patchwork* para una autobiografía textual” el 13 de octubre de 2021, que cumplió precisamente esa función. La de describir y reconstruir una realidad vinculada al orden de la salud mental en primera persona, narrar su temporalidad respetando su cronología, realizar algunas hipótesis interpretativas en torno de lo que había tenido lugar. Quedaba armado así entonces un *puzzle* que a mí me resultó satisfactorio, a mí me cerró como herramienta para cumplir el objetivo que me había propuesto y que resultó para mucha gente muy impresionante, muy fuerte o muy intenso.

Las reacciones fueron muy dispares. Se elogió mi valentía y mi coraje (por parte de destacados Médicos Psiquiatras, algunos doctorados en Medicina por la Universidad Nacional de La Plata). Mi madre me dijo que “no había ninguna necesidad de haberlo hecho” y que “hubiera preferido un texto sin tantos nombres propios”. Por detrás de este reproche, yo lo sabía, había encubierta una emoción, que pudiera afectar mis emociones dicha exposición en función de que La Plata, ciudad donde nací y residí toda la vida, es una ciudad chica. Por otro lado, estaba la inseguridad propia de mi madre en algunas dimensiones de su personalidad (en pocas). Mi anterior psiquiatra, a quien le había gustado mucho el texto y había elogiado el modo en que estaba escrito así como el citado coraje me hizo la observación de que en lugar de detallar los antecedentes de las destacadas personalidades intelectuales o literarias o del área de Letras que habían sido citadas (todos expertos de nota) que se habían acercado a mí sin prejuicios hubiera simplemente mencionado que se trataba de “autoridades” o de personas “destacadas” en su campo de trabajo. Esto tuvo dos razones muy claras en el motivo por el cual procedí a hacerlo. En primer lugar porque el escrito sería publicado en una revista de NY y de allí circulado por el mundo a través de

redes sociales, no solo de Argentina, motivo por el cual consideré que semejantes figuras de naturaleza sobresaliente en nuestro quehacer de Letras merecían se detallara su trayectoria. En segundo lugar, para avalar más aún un texto o un conjunto de textos previos que hacían sistema con este, que juzgados por ellos axiológicamente de modo positivo no era lo mismo que por alguien sin tanta preparación. Una de esas autoridades habló de mi “aplomo”. Mi padre me dijo que le “habían encantado” ambos textos. Mi hermano que el texto era “demoledor” y escribió en Facebook, en un comentario debajo de mi artículo: “Este es un texto colectivo”. Entre mis parientes, algunos lo leyeron pero todos me felicitaron por haberme atrevido a escribir sobre la enfermedad mental dando a conocer el texto en la esfera pública. Primero en NY, luego haciéndolo circular por redes sociales. Yo tenía especial interés en que se diera a conocer en la ciudad de La Plata, porque se sabía que yo padecía problemas psiquiátricos (al menos un grupo grande de personas de mi entorno tanto personal como profesional sí estaban al tanto) pero esa historia no estaba clara. Permanecía en términos o muy privados muy confusos o cundía la desinformación. Peor, sobre todo, la penosa realidad del chisme.

Quisiera también hacer una mención especial a mi editora de NY, Mariza Bafile, que suele trabajar en su Revista temas vinculados a discriminación, a la salud (no solo mental) tal como me lo indicó en uno de nuestros correos, motivo por el cual a mi texto lo publicaría, apostaría a su importancia a nivel de un aporte a la salud mental de la comunidad. Decisión encomiable realmente.

Lo leyó un Dr. en Literatura latinoamericana de EE.UU., con quien yo solía trabajar en el campo de la investigación desde 2005, y me dijo que le parecía un texto “Muy fuerte y muy honesto”. Él en su apreciación o recepción del texto había reunido una emoción de repercusiones potentes junto con un principio ético que a mí siempre me interesó mucho fuera rector de mi vida porque así fuimos educados mi hermano y yo. Esa fue nuestra cultura familiar así como los valores que nos fueron inculcados.

Hubo quien me escribió y me refirió anécdotas personales vinculadas a una vida social hostil o bien a otros asuntos asociados al universo de la salud, no solo mentales. Mi co-directora de tesis doctoral me agradeció que la mencionara entre los agradecimientos de las personas que me habían acompañado. De hecho de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, de la carrera de Letras, de la que soy egresado, no hubo nadie que tuviera ese gesto. En cambio, ella, siendo de la carrera de Filosofía, habiendo trabajado conmigo en equipos de investigación durante algunos años con sede en el Departamento de Filosofía en torno de temas sobre teoría de Género, había estado muy cerca de mí, en particular siguiendo mi evolución en el último de mis cinco episodios (a partir del cual, luego de la recuperación del último, el más leve, nos reunimos a tomar café). Habíamos podido conversar luego de mi recuperación. De modo permanente me preguntaba por mi hija. Una persona Doctorada en la Universidad Complutense de Madrid, Premio Konex 2016 en el campo de los Estudios de Género, ganadora de varias becas muy importantes a nivel internacional, docente titular de esa casa de altos estudios, directora y jurado de tesis doctorales, directora de equipos de investigación, autora de tantos, tantos libros. Sé que había estado preocupada y atenta a mi problema de salud. Seguía mi evolución.

Los lectores de Facebook creo que experimentaron un shock. El artículo resultó completamente inesperado e impactante ese día en que despertaron por

la mañana y lo encontraron publicado en mi muro o en mi Página de Facebook o en los respectivos Grupos. Pocos escribieron comentarios. Pocos se pronunciaron. Pero fue evidente que habían aprobado a alguien que exponía y se exponía públicamente de ese modo con el objeto de dar cuenta de una enfermedad y sus repercusiones sociales, no de un exhibicionismo frívolo. Porque también yo daba cuenta allí de las internaciones, los tratamientos a los que había sido sometido, efectos secundarios que se habían manifestado, algunos síntomas, así como de mi evolución a todo lo largo del trayecto temporal entre 1992 hasta 2021.

Después de haber publicado otros textos sobre la enfermedad mental (tanto antes como después), sobre la mía y reflexiones acerca de la salud mental o la enfermedad psiquiátrica en sentido más amplio pero también detallado, por lo general acudiendo a la literatura o las artes plásticas para dar cuenta de ella, le planteé vía email a mi Médica Psiquiatra, docente Adjunta por concurso de la cátedra de Psiquiatría de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de La Plata y Doctorada en Medicina por esa Universidad, la inquietud por participar en algún equipo de investigación o bien de producción de conocimientos, de participación en Congresos o Jornadas, con un trabajo de mi parte de estudio además de dando un testimonio que sentí podía aportar a la comunidad de expertos en esa disciplina una mirada distinta sobre la enfermedad mental. La respuesta no se hizo esperar. Un domingo por la noche recibí un correo electrónico suyo explicándome que había conversado con colegas de una materia optativa de la carrera de Medicina. En esa materia había una Unidad en el Programa de estudios que abordaba la problemática del estigma social. Y consideraban que mis textos podían ser perfectamente útiles para su alumnado. Me preguntó si autorizaba para que fueran leídos por el alumnado. Naturalmente que di mi consentimiento inmediato. El resultado no pudo ser más positivo y también más optimista (al menos para mí). Mantuvimos una reunión de trabajo vía Zoom con mi Médica Psiquiatra más otra docente (quien puso nuevamente hincapié en mi valentía y en el hecho de que no cualquiera era Dr. en Letras). Fue así como uno de mis artículos fue el elegido para ser leído por el alumnado de la cursada (que ya estaba llegando a su fin), estábamos a mediados de noviembre del corriente año. Esta docente me explicó que en la carrera de Medicina el alumnado no estaba acostumbrado a leer este tipo de texto, por un lado. Pero que, por el otro, si bien sería la única actividad “será como plantar una semilla”. En efecto, si bien la cursada ya estaba en el cierre de su ciclo lectivo, todavía quedaba tiempo para realizar esta sumaria actividad que podía deparar alguna clase de aporte de naturaleza formativa. “Sembrar una semilla”, es la posibilidad de que de modo arborescente una constelación de sentidos germine y se despliegue, quién sabe, en ese momento o en cualquier otro. Ellos tendrían ese texto a la mano. No obstante, de ese diálogo, que fue largo y que no referiré detalles sí diré que se abrió un primer panorama colaborativo. Tal como afirmó una de las docentes, en este tema “está todo por hacerse”. Me dio su impresión sobre el texto. Citó algunos pasajes que la habían impresionado especialmente.

Mi primer acercamiento entre institución universitaria, saberes académicos e investigación y docencia universitaria, en mi caso había tenido lugar en la carrera de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Allí yo había realizado mi carrera académica durante diez años de vida profesional consecutivos y en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la

Educación también de la Universidad Nacional de La Plata, de la que era egresado, había sido Profesor elegido por selección docente y antecedentes ejerciendo la docencia y trabajando en equipos de investigación durante tres años. Hay una toma de distancia de esa Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación desde 2008 hasta este 2021 en que regresaba a otra Facultad de mi Universidad que nada guardaba en común con los contenidos y saberes de las anteriores, por lo general humanísticos, a una carrera insospechada para mí, lo hacía desde un lugar de veras para mí completamente imprevisto. Pero sin embargo no perdía mi carácter de humanista. No traicionaba mi esencia. Lo que hacía era aportar un artículo humanístico. Y desde el cual por fin sentía que mi condición de enfermo con una patología mental quedaba puesta a la luz del día sin ninguna clase de vergüenza sencillamente porque me sentía un individuo perfectamente productivo con posibilidades notables de servicio a la comunidad. Sentía que podía ser verdaderamente útil a la Universidad Nacional de La Plata, en alguna actividad formativa o de estudios con el alumnado de quinto año de la carrera (que dura seis años) y también ser útil a mis semejantes en diversas situaciones. Tanto desde la prevención, el testimonio, una “narrativa de la enfermedad”. Era también un estímulo fabuloso también para proseguir con la escritura de artículos como hasta ahora (de hecho tenía varios inéditos que iba a ir publicando), continuar ahondando en los estudios. Y elegí concentrarme por dentro del amplio panorama de la salud mental en torno de dos núcleos: salud mental y contextos mediáticos y salud mental y estigma social. En virtud de que yo había trabajado durante diez años en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, fácil resultaba poner en diálogo ambos campos: el de los estudios mediáticos con el de la salud mental. Por otro lado, el del estigma, parcialmente lo había padecido (no en forma excesiva, como dije), parcialmente me había puesto a investigarlo con bibliografía (libros, ponencias de congresos y Jornadas) consultada de la Internet. Me puse a disposición de la cátedra. Y con entusiasmo de mi parte para asumir el compromiso de comenzar un estudio sistemático del tema, a consagrarme a la investigación en este campo de la salud desde mi rol de “paciente activo” o “paciente agente”.

Desde aquella primera lectura del manuscrito inédito por parte de mi Médica Psiquiatra, quien me había hecho notar que la publicación de ese artículo presentaba la posibilidad de reflexionar acerca de muchos temas para los lectores, también de la competencia de la medicina, hasta este presente histórico de mediados de noviembre de 2021, habían pasado tan solo algunos meses. Pero sí habían sucedido muchas cosas. Mi posición en el mundo había cambiado radicalmente merced a la escritura, una destreza en la que me venía entrenando de forma intensa y sistemática desde el año 1989 en distintos espacios, desde la Universidad hasta seis talleres de escritura. Cuatro en La Plata. Dos en la CABA. Y, precisamente, había escrito y publicado 7 textos sobre este tema que dialogaban los unos con los otros. El aporte concreto en que iba a consistir para la cátedra era la lectura de ese artículo y sería la última actividad del año de la materia.

Yo ya había adquirido un compromiso con la Universidad Nacional de La Plata (ya desde mi bachillerato), con las docentes que se habían mostrado completamente interesadas en ese tipo de trabajos, con mi Médica Psiquiatra, con la comunidad, pero, muy en particular, conmigo mismo. Existía una convicción cierta de que mi tarea a esta altura de mi vida y de la evolución de la enfermedad con un tratamiento satisfactorio y saludable al punto de que abría

insospechadas vía novedosas hacia renovadas líneas de investigación, debía ponerse al servicio de la salud de otros o de instancias formativas que quedaba en manos de otros determinar cuáles serían. Me comprometía con el resto de los pacientes con patologías idénticas o tan solo patologías mentales para contener esa angustia desde la escritura así como la de sus familiares para aliviarlos. Y sabía que no retrocedería un solo palmo en el estudio, por un lado. Y en el combate contra todo silencio histórico. Ese que cundía en torno de las enfermedades mentales. Menos aún los prejuicios que habían sido una calamidad: una fuente de desdicha, de malentendidos, de chismes, de hipocresía, de ocultamiento o de malicia. Leído a fines de este 2021 por parte de los alumnos de esa cátedra, tal actividad sería “sembrar una semilla”, como bien me lo había señala la docente vía Zoom. Me sentí feliz, justificado, por fin realizado. Definitiva, activamente, la escritura iba al encuentro de la condición humana desde dimensión a mi juicio más fundamental: la ética. Según un aporte hacia una ética del semejante. En mi condición de paciente que, habiendo tomado el toro por las astas, deja de ser un enfermo con una patología mental, que conversa acerca de su evolución terapéutica con su Médica Psiquiatra entre las paredes de un consultorio y luego vive, bajo la supervisión de esa profesional y la de un psicoanalista como mejor puede acompañado por su familia y sus amistades, si es que eso le es posible. O sobrelleva su enfermedad con dificultades o resistencias por parte de la sociedad. Ahora podía disfrutar del privilegio de colaborar con una institución académica, como mínimo con la lectura de un artículo publicado en NY para reflexionar acerca de temas tan acuciantes, preocupantes, poco abordados salvo por expertos pero escasamente democratizados mediante la escritura creativa para la sociedad sobre la salud mental. Nada menos con la institución académica en la que se habían formado y graduado los profesionales que me atendían. Donde se había graduado mi abuela, mis padres, buena parte de mi familia y yo me había doctorado. En la que se había doctorado en Historia y había sido docente universitaria mi tía abuela, publicado libros y sido premiada por ellos. La historia se cerraba conformando la figura más perfecta: la del círculo. O, si así lo prefieren ustedes, bajo la de la cinta de Moebius. Quién lo hubiera dicho cuando por aquel entonces, en 1992, se había abatido sobre mí una enfermedad sobre la que jamás hubiera acariciado menor idea de que escribiría sobre ella con perspectiva testimonial, como tal sería leída en una instancia formativa académica. Y por fin, luego, en este presente histórico, colmarme de satisfacciones. Diría, en primer lugar, que como un servicio a la comunidad de naturaleza profundamente ética.